

DG 63

93

V. 2

LAS

# TRES ROMAS.

1° DE ENERO DE 1842.

El primer día del año en Roma.—Visita á San Pedro.—Dimension.—Bellezas artísticas.—La Cátedra de San Pedro.—Los fundadores de órdenes.—Dósel.—La Cúpula.—San Pedro, imagen del cielo.—Las Reliquias.—Visita al Padre V. ....—Varilla del penitenciario.

Este día vivimos poco en Roma y demasiado en Francia. El recuerdo de nuestros amigos, recuerdo tan dulce cuando se está cerca de ellos, tan amargo cuando se está lejos, se apoderó de nosotros al despertar; ¿qué harán? ¿qué dirán? ¡Ah! piensan y hablan de nosotros, nos envían sus buenos deseos; y nosotros también teníamos para con ellos deseos en el corazón y en los labios. Estos deseos los depositamos en el altar santo, en el seno del Padre comun de la gran familia católica, y fueron confiados á los ángeles del cielo; entonces las llanuras de la Italia no fueron bastante extensas, ni los Alpes bastante altos, para impedirles llegar á su destino.

Después de nuestros amigos de Francia, vinieron nuestros amigos de Italia. Tengo gusto en decirlo: en Roma reina no sé qué

simpatía que os da muy pronto amigos y casi hermanos. Allí, más pronto y más completamente que en otras partes, desaparecen las distinciones de países, las oposiciones, ó si quereis también, las repugnancias nacionales, para dar lugar á un solo título: el de católico. En Roma, los católicos se ven como de casa, y á la verdad que es así con razón. ¿No es Roma la ciudad del Padre comun, el centro de la catolicidad, la cuna y el trono de la fe, que del uno al otro polo une todos los espíritus y todos los corazones en el mismo pensamiento y en el mismo amor? ¿No las glorias de Roma, son mis glorias? ¿no sus fiestas son mis fiestas? ¿no su doctrina es mi doctrina? Hé aquí lo que puede decir el católico frances, inglés, africano, asiático, americano; su patria nada importa y esto es lo que siente muy bien y se dice instintivamente, cuando está en Roma. Por otra parte, nosotros recibimos la visita y las felicitaciones de cierto número de amigos, extranjeros y romanos. Esta señal de afecto, cuyo principio era ciertamente la comunidad de pensamientos en



la fe, produce una impresion que el tiempo no puede borrar.

En la calle se oia circular por todas partes el *Buon capo d'anno*, *Buen cabo de año*, palabra consagrada por el uso para desear un buen año. Esta palabra no va sola; pudimos observar fácilmente que en Roma, como en Paris, el primer dia del año, se divide el género humano matemáticamente en dos clases: la una que dá y la otra que recibe regalos de año nuevo; y si tengo buena memoria, en todas partes la última es mucho más numerosa, sin ser por eso la ménos contenta.

Dejando gozar de su dicha á esta interesante porcion de la humanidad, quisimos aprovechar el tiempo, y nos dirigimos á San Pedro. ¿No era muy conveniente comenzar el año por una visita al rey de la ciudad? Además, el buen padre V. . . . penitenciario de Francia, nos habia citado á su domicilio, es decir, á su confesonario, colocado en el crucero de la gran basílica. Al pasar cerca del obelisco de Neron, el excelente amigo que nos acompañaba se descubrió respetuosamente y rezó una oración. "Vos saludais, le dije, uno de los más gloriosos trofeos del cristianismo."—Hago más todavía, saludo á la verdadera cruz, porque un pedazo de ella corona el monolito, y rezo el *Pater* y el *Ave*, porque gano con esto la indulgencia de diez años y diez cuarentenas que Sixto V concedió para este caso." Nosotros imitamos su ejemplo y llegamos á San Pedro, cuya historia y cuya arquitectura, debian ocuparnos principalmente. Antes de entrar bajo el vestibulo, se nos dijo: "Ved esas columnas que sostienen el gran techo; si cortárais una rebanada de alguna de ellas, tendríais una mesa en que podríais recibir doce personas." Como todos los viajeros, respondimos con un signo de incredulidad, pero bien pronto bajamos de tono y convenimos en que los doce convidados estarian

muy ámplios. Tal es la felicidad ó la desgracia de San Pedro: todo es en él colosal y nada parece grande. Por una parte, la arquitectura griega con sus arcos plenos y sus líneas cortadas, que bajan el rayo visual; por otra, la armonía de las proporciones que haciendo de todas las partes del monumento un todo perfectamente homogéneo, no pone ninguna de ellas en relieve; todas estas cosas pasan por ser las causas principales de la ilusion.

Antes de salvar los umbrales, quisimos darnos cuenta de las trasformaciones que la iglesia habia sufrido, ántes de llegar á ser por su grandeza y su magnificencia el primer templo del mundo.

Desde luego se presenta una relacion que no carece de interes. Entre los diferentes cuarteles de Roma, el Vaticano fué el más particularmente manchado con las supersticiones y las infamias paganas. El templo de la Buena Diosa, el de Apolo, el palacio de Neron, la presencia de horribles serpientes 1, justifican, explicándola, la palabra de *infame* con que Tácito designa aquella region *trastiberina* 2. ¿Qué profundidad de los consejos eternos! Este es el mismo lugar que la Providencia eligió para colocar el templo más augusto del universo, sobre el mismo suelo en donde la serpiente reinaba como señora; el mismo en donde Neron creyó sofocar á la Iglesia en su cuna; allí debía resplandecer á vista de los pueblos admirados, el templo del Pescador galileo, monumento inmortal de la doble victoria alcanzada sobre el infierno y sobre el mundo; al pié de la misma montaña en que los paganos alucinados

1 *Faciunt his fidem in Italia appellatæ Bæ (id est serpentes) in tantam amplitudinem exentes, ut, D. Claudio príncipe, occisæ in Vaticano solidus in alvo spectatus sit infans.*—*Plin. lib. VIII.*

2 *Postremo ne salitus quidem cura infamibus Vaticanis locis magna pars retendit, unde crebræ in vulgus mortes.*—*Tacit. Hist. lib. II.*

iban á buscar los oráculos de la mentira, era necesario que el mundo cristiano viniese á recibir con un respetuoso amor los infalibles oráculos de la verdad. De aquí el nombre de Vaticano dado á esta colina 1.

Mientras los mártires inmolados por Neron fueron depositados en las grutas cavadas por sus hermanos en las cercanías del circo y de los jardines imperiales, el apóstol, víctima á su vez del cruel emperador, vino á descansar en medio de sus hijos y á comenzar la gran ciudad de los mártires. Sobre aquellas grutas, tumba, asilo y cuna de los primeros cristianos, el papa San Anacleto, sucesor de San Pedro, erigió un modesto oratorio 2; ¿y cómo referir las lágrimas que se derramaron y las oraciones que resonaron en aquel lugar venerable, durante las tempestades tres veces seculares que combatieron á la Iglesia naciente? A la aurora de la paz, Constantino se apresuró á cambiar el oratorio primitivo en un templo digno del lugar que debía consagrar. El dia fijado para comenzar los trabajos, se trasladó el emperador al Vaticano, y deponiendo la diadema y la púrpura, quiso él mismo abrir los cimientos y extraer doce cestos de tierra en honor de los doce Apóstoles. ¿No era justo que las manos de los Césares, empleadas en otro tiempo en edificar los templos de los ídolos, se santificasen, trabajando en los templos del verdadero Dios? 3 El cuerpo de San Pedro, sacado de su tumba, fué colocado en una caja de plata, encerrado en otra de bronce dorado,

1 *Vaticanum, á Vaticinio. Severan. á S. Severino de septem urbis eccles., etc.*—*Ciampini, Veter. monim., t. III, p. 30 y siguientes.*

2 *Hic memoriam B. Petri construxit et composuit dum presbyter factus fuisset á B. Petro.*—*Anast. in Anacleto.*

3 *Restitucionem Capitolii aggressus rudibus purgandis manus primus admovit, ac suo collo quædam extulit.*—*Suet. in Vespas., c. VIII.*

la cual fue enriquecida con una cruz de oro, que pesaba 150 libras.

Constantino y Santa Elena, reunieron sus liberalidades para embellecer el nuevo templo. Hé aquí la lista compendiada de sus regalos: los doce Apóstoles, de plata, con peso cada uno de 300 libras; tres cálices de oro, adornados con cuarenta y cinco piedras preciosas, de á 10 libras cada uno; dos vinageras de oro, de á 10 libras; una pantalla de oro purísimo, y un tabernáculo en forma de torre, coronado con la paloma y adornado con doscientas quince perlas; ambas cosas pesaban 30 libras; cinco pantallas de plata cada una de á 15 libras; una corona de oro, delante de la tumba, con un candelabro, adornado con 30 delfines, con peso de 35 libras; en el centro de la iglesia, treinta y dos candelabros de plata adornados con delfines, de á 10 libras cada candelabro; el altar, de oro y de plata cincelado, adornado con doscientas diez piedras preciosas, y con peso de 350 libras; un brasero para los perfumes, de oro puro, enriquecido con cincuenta y una perlas, y pesaba 15 libras; además, rentas considerables para el sostenimiento de la iglesia y la magnificencia de las ceremonias 1.

Este templo augusto fué consagrado por el papa San Silvestre, el 18 de Noviembre del año 324. Despues de muchas restauraciones y ampliaciones, y aun de una reconstruccion completa, ha llegado á ser, por el celo de los soberanos pontífices, lo que es hoy, la maravilla del mundo. El frontispicio descansa sobre ocho columnas y cuatro pilastras corintias, separadas por cinco puertas. Está coronado por un ático, sobre el cual hay una galería desde donde se elevan trece estatuas colosales que representan á Nuestro Señor y á los doce Apóstoles; á uno y otro lado están dos

1 *Anast. in Sylvestr.*



magníficos relojes. Las cinco puertas del frontispicio, colocadas delante de las cinco puertas de la iglesia, conducen á un soberbio vestíbulo, brillante de mármoles y dorados. Delante de la puerta del medio, está el célebre mosaico llamado la *Navecella*. En esta obra del siglo XIII, se ve á San Pedro, conduciendo su barca agitada por los vientos. El verdadero motivo por el cual se encuentra este cuadro en el vestíbulo, no es conocido por todos los viajeros. Los cristianos ignorantes conservaron durante muchas generaciones, la costumbre pagana de mirar la salida del sol, y de honrarle ántes de entrar á la basílica. Con el fin de presentarles un objeto digno de sus homenajes, fué colocado el mosaico en el lugar en que hoy está todavía; todos los días, por espacio de treinta años, no dejó de venerarla nunca el sabio cardenal Baronio al entrar á San Pedro, ni de rezar esta oración: Señor, salvadme de las olas del pecado, como salvásteis á Pedro de las olas del mar; *Domine ut crexisti Petrum a fluctibus, ita eripe me a peccatorum undis*. Este piadoso ejemplar, imitado por los colegas del cardenal, ha sido también seguido por los peregrinos que lo saben.

La Iglesia ha colocado en los dos extremos del vestíbulo, el recuerdo de los dos más grandes acontecimientos políticos de su historia. Constantino y Carlomagno, presentes en sus soberbias estatuas ecuestres, recuerdan: el primero, la victoria del cristianismo sobre el mundo pagano; el segundo, el establecimiento social de su reino en el mundo moderno. La gran puerta de bronce, homenaje de Eugenio IV, está adornada con bajo-relieves que representan el martirio de San Pedro, la coronación del emperador Segismundo, así como los principales acontecimientos del concilio de Florencia y la reunión tan deseada de los griegos con los latinos. Sobre esta puerta

se admira el bajo-relieve del Bermino, que representa á Nuestro Señor confiando á San Pedro el cuidado de sus ovejas.

Ya una vez entrado en la basílica, envano busca el viajero las colosales proporciones de que ha oído hablar; altura, latitud, longitud, todo le parece común; y sin embargo San Pedro excede en magnificencia y en grandeza á las iglesias más vastas y más espléndidas del Oriente y del Occidente, tales como Santa Sofía de Constantinopla, la catedral de Milán y San Pablo de Londres. La catedral de Milán no tiene más que 418 piés de longitud y 312 de latitud, y San Pablo de Londres, 499 piés de longitud y 251 de latitud; mientras que contando desde la puerta de entrada hasta la cabecera, San Pedro cuenta 375 piés de longitud y 419 de latitud en el crucero. La nave del medio tiene 82 piés de latitud y 142 de altura, comprendiéndose la bóveda. Las dos naves laterales tienen cada una 20 piés de latitud. Estas diferentes medidas están grabadas en el pavimento de San Pedro. Este pavimento, todo de mármol ó de pórfido, parece un brillante patio esmaltado de flores y cortado en rosetones, en rombos y en figuras de una graciosa variedad y de gran riqueza en los dibujos.

Las fuentes de agua bendita aumentan desde luego la ilusión, pero bien pronto la disipan; acercarse á ellas es el primer medio de conocer los tamaños de San Pedro. Se nos había dicho: "Los ángeles que las sostienen tienen seis piés;" y nosotros habíamos respondido: "Exajeración de viajeros entusiastas." Pues bien; se tenía razón en lo primero y nosotros no la teníamos. Medimos aquellos ángeles, que al primer golpe de vista parecen unos niños, y que en realidad son colosos de seis piés. Son de mármol blanco y sostienen dos conchas de mármol amarillo, colocadas una enfrente de otra, delante de los dos primeros es-

pacios entre las pilastras. Quise ofrecer el agua bendita al excelente amigo que nos acompañaba, pero se negó á recibirla. "Para ganar la indulgencia tomando agua bendita en las basílicas romanas, me dijo, es preciso tomarla por sí mismo; así lo han querido los soberanos pontífices, á fin de que cada fiel haga por sí mismo un acto de religión."

Cuando se viene á San Pedro, para admirar sus maravillas, el mayor embarazo consiste en saber por dónde empezar. Monumentos de todo género, obras maestras de pintura y de escultura, se disputan la atención. Si se empieza por el lado derecho, tenéis desde luego la capilla de la *Piedad*, en la cual se revela el cincel de Miguel Angel, en la inmortal estatua de la Santísima Virgen que tiene en sus rodillas á su Hijo muerto. La columna rodeada de hierro que se levanta cerca del altar, es, según tradición, una de las doce columnas del templo de Jerusalén, que Constantino mandó colocar al rededor de la Confesión de San Pedro. La antigua inscripción que la acompaña, celebra los numerosos milagros concedidos á la fe de los peregrinos delante de aquel monumento santificado por la presencia y acaso también por el tacto del Hombre-Dios. En seguida, se presenta la capilla de San Sebastian notable por las dos tumbas, del papa Inocencio XII y de la condesa Matilde de Mantua. Más lejos, la magnífica capilla del Santo Sacramento ofrece á vuestra admiración sus tumbas de Sixto IV y de Gregorio XIII, su rico tabernáculo y su *Comunion de San Gerónimo*, en mosaico. Aquí es donde el juéves Santo, el soberano pontífice, despojado de los ornamentos de su dignidad, lava los piés de los doce apóstoles. Viene en seguida la capilla de la Virgen Santa, construida según los dibujos de Miguel Angel, con su brillante altar de alabastro, de amatistas y de otras piedras

preciosas; allí descansa Benedicto XIV, en medio de la *Ciencia* y de la *Caridad*. Admirad también el altar de la *Nacelle*, cuyo cuadro de mosaico representa la barca de Pedro, próxima á sumergirse, y al Salvador viniendo á calmar las olas; luego, el magnífico mausoleo de Clemente XIII, inmortal obra de Canova. Los dos leones acostados sobre los dos grandes zócalos, son los dos más bellos leones modernos que se conocen. Hay que lamentar, que en las otras figuras el artista sacrificó demasiado el espíritu á la forma. La última capilla á la derecha, está dedicada á Santa Petronila, y el cuadro que representa á la santa en el momento de su exhumación, pasa por ser el mosaico más bello de San Pedro.

En la cabecera de la iglesia, aparece á una grande altura la cátedra de San Pedro ¡Qué gozo para un católico, para un sacerdote, el descansar sus miradas en aquel venerable monumento! Hé ahí esa cátedra mil veces más respetable que las sillas curules de los senadores romanos y que todos los tronos de los reyes y de los emperadores; esa cátedra en que se sentó tantas veces San Pedro en los subterráneos del Vaticano; desde la cual ordenó á los primeros sacerdotes y consagró á los primeros pontífices; desde la cual predicaba y administraba los sacramentos, á aquellos queridos néofitos cuyo vestido emblanquecido la víspera con las aguas del bautismo, debía al día siguiente teñirse con la sangre del martirio. Esta cátedra, conservada largo tiempo cerca del cuerpo del Apóstol en la catacumba vaticana, fué el primer trono, en el cual iban á sentarse sus sucesores, después de su elección. En fin, Alejandro VII la mandó colocar en el magnífico monumento en que hoy se vé y que no costó menos de cien mil escudos romanos 1. Un altar majestuoso de mármol

1 Constanzi, t. II, p. 19.



exquisito y una cátedra de bronce dorado, en la cual se conserva la cátedra de madera de la que se sirvió el Apostol, son las dos partes de que se compone esta obra tan hermosa. La parte superior está sostenida por cuatro figuras colosales de bronce, que representan á los cuatro grandes doctores de la Iglesia, dos del Oriente y dos del Occidente, y acompañan á este monumento, las soberbias tumbas de Paulo III y de Urbano VIII. Abajo de esta cátedra dos veces monumental, se sienta el pontífice, cuando oficia con ese carácter.

Descendiendo en la iglesia por el lado izquierdo, se llega al altar de los santos apóstoles Simon y Júdas, adornado con dos gruesas columnas de granito negro egipcio, en medio de las cuales brilla un cuadro de mosaico que representa á San Pedro curando al cojo. Detengámonos delante de la capilla de San Leon Magno, para admirar sus dos columnas de granito rojo y el magnífico bajo-relieve de Algardi, que representa al pontífice haciendo retroceder á Attila. Hé aquí ahora la tumba de Alejandro VII, última obra de Bernino. El altar es notable por sus cuatro columnas, que son, dos de alabastro y dos de granito negro. Pio VII, de inmortal memoria, sentado entre la *Fuerza* y la *Sabiduría*, descansa en la capilla Clementina, bajo un mausoleo, debido al ciácel de Thorwaldsen y á la generosidad del fiel cardenal Gonsalvi. A estos monumentos sucede la magnífica capilla del capítulo de San Pedro. Está cerrada con un enrejado de hierro con adornos de bronce dorado, y presta durante los oficios un soberbio golpe de vista. Encima de la puerta inmediata está depositado provisionalmente el cuerpo del último papa reinante; así como en San Dionisio, el muerto no baja á su sepulcro sino hasta la muerte de su sucesor. Entre las obras maestras consagradas á la gloria inmortal de los Santos y de los

Pontífices, brillan reales infortunios; los monumentos de los Estuardos, obra de Canova, adornan la capilla de la *Presentacion*. La capilla de las *Fuentes bautismales* termina esta corona de santuarios espléndidos. Todo lo que pueden las artes para despertar la fe á vista de la grandeza del sacramento, que hace del hijo del polvo un hijo de Dios, brilla en este lugar sagrado. Las pinturas de la cúpula son de una ejecución perfecta; una urna de pórfido en forma de navicilla de doce piés de longitud y seis de latitud, contiene el agua bautismal. Esta urna, hallada en el *Forum*, sirvió en otro tiempo de cubierta en el sarcófago del emperador Oton II, muerto en Roma en 974. Hoy está cerrada por una especie de pirámide de bronce dorado, adornada con arabescos y realzada por cuatro ángeles de bronce.

Volvímos á nuestro punto de partida y comenzamos un nuevo viaje por la gran nave. A derecha é izquierda dominan colosales estatuas de todos los fundadores de órdenes religiosas. Estos poderosos génios, enviados de siglo en siglo al socorro de la Iglesia, esos ilustres generales cuyas falanges defendieron con tanta gloria la verdad, la virtud, la civilizacion, forman una larga galería y como una doble cadena que prolongándose hasta la parte redonda de la Iglesia, termina en la Cátedra de San Pedro, centro único de la unidad y foco siempre ardiente de la luz y de la caridad católica. Al bajar se encuentra la estatua de San Pedro sentado en su trono; ya he hablado de ella, pero lo hago de nuevo, porque trae un noble recuerdo. Cierta *viage en Italia* refiere que el bronce de la estatua de Júpiter Capitolino suministró el material para esta estatua de San Pedro, monumento debido al reconocimiento de San Leon Magno. El ilustre pontífice la mandó fundir en honor del glorioso apóstol, que más poderoso para proteger á Ro-

ma cristiana, que Júpiter para defender á Roma pagana, acababa de salvar la ciudad de los furiosos de Attila 1. Penetrado de este gran recuerdo, os costará poco imitar á los peregrinos católicos, besar el pié de esta estatua y tocarle con la frente; doble costumbre que traduce bien las dos disposiciones de todo hijo de la Iglesia: el amor y la sumision. El corazon mismo se entenece cuando al cumplir este piadoso deber, se recuerda que por espacio de treinta años, el padre de la historia eclesiástica, el inmortal Baronio, tocó con su noble frente el pié de aquella estatua y la cubrió de besos. Al mismo tiempo se escapaba de su grande alma; esta palabra de infantil sencillez: *Pax et obedientia; credo Unam, Sanctam et Apostolicam Romanam Ecclesiam; "Paz y obediencia; creo en la Iglesia Una, Santa, Apostólica y Romana."*

Mientras más se adelanta hácia la Confesion de San Pedro, más crece el respeto. Y para aumentarlo aún más, un decreto de la Congregacion de los Ritos de 10 de Octubre de 1594, manda á todos los que se acerquen á ella que se arrodillen, sin exceptuar á nadie, ni al emperador, ni al papa mismo; y hay una sentencia de excomunion para el clérigo de servicio que se atreviese á limpiar ó componer el altar papal, sin estar revestido de la *cota* [sobrepelliz]. Este altar, en donde solo el soberano Pontífice tiene el derecho de celebrar misa, se levanta sobre siete escalones de mármol blanco; está aislado, y segun el uso comun, ve al Oriente. Cuatro columnas torcidas, de bronce dorado, sostienen el dosel. Fueron fundidas por orden de Urbano VII en 1633 y no tienen ménos de 34 piés de altura. Están hechas con el

1 Véase Torrigio *de Cryptis vaticanis*, p. 126. *Id. sacri Trofei Romani*, p. 149. Fr. Maria Phæbeus, *de Identitate cathedra D. Petri Dissert.*, p. 38. *Id. Ciamp., Monim. veter.*, t. III, p. 57. *Id. Constanz.*, t. II p. 17.

bronce de las puertas del Pantheon y llenas en su interior, segun se nos aseguró, con huesos de mártires. En los ángulos del cornisamiento brillan cuatro ángeles en pié y vueltos hácia los cuatro puntos del cielo. De sus piés parten cuatro repisas hácia arriba, que en su punto de reunion sostienen un globo dorado coronado con una cruz. Todo esto parece de una mediana elevacion; y el palacio Farnesio, el más alto de Roma, no llega á la altura de este magnífico monumento. Desde el suelo ocupado por la estatua de Pio VI, 1 hasta la cima de la cruz, mide más de ochenta y seis piés.

La Confesion de San Pedro me parece que resume completamente la historia de la Iglesia militante. Fundada por los Apóstoles, sostenida por los mártires, levantándose sobre los despojos del paganismo vencido, llamando á los elegidos de Dios dispersos por los cuatro vientos, dominando al mundo por la cruz, alcanzando con su augusta cabeza hasta las puertas del cielo: tal se muestra la Iglesia durante su peregrinacion. Pero esto no es más que la primera parte de su existencia ó más bien la mitad de sí misma. Como su divino fundador, así la augusta sociedad reina en el cielo y en la tierra; un templo verdaderamente católico debe representarla en este doble estado. Miguel Angel se ve atravesado por una de esas iluminaciones que crían las obras maestras. El inmortal obreiro, por demasiado tiempo esclavo del arte pagano, levanta noblemente su cabeza y repentinamente inspirado por la fe, lanza á los aires la sublime cúpula. En esta creacion, la más atrevida que se conoce, tendrá el arte cristiano el espacio necesario para desarrollar en toda su magnificencia la idea de la Iglesia católica. En sus vastas paredes de 130 piés de diámetro y

1 Es una de las bellas obras de Canova.



de 300 de elevacion, el mosaico, pintura inmortal, representará bajo los más brillantes colores á la Iglesia triunfante, con sus gloriosas gerarquías; á los Santos; despues á la Reina de los Santos y de los Ageles; luego á la Augusta Trinidad; luego al Infinito; luego á la Cruz dominando á la eternidad y la inmensidad, así como domina el tiempo y el espacio.

Ademas, no es solo en pintura como está presente en San Pedro de Roma, la Iglesia del cielo; ella vive allí tambien en las innumerables reliquias de sus santos y de sus mártires.

Extranjeros que teneis la desgracia de llevar á la augusta basílica un corazon herido por la duda impía, y vosotros peregrinos de una ciencia incompleta ó de una curiosidad vana, ya no os queda más que salir del templo. Todas las bellezas exteriores del soberbio edificio han pasado á vuestra vista como un brillante panorama; las habeis admirado y criticado con más ó menos inteligencia, con más ó menos buena fe: habeis acabado ya. La belleza interior de la casa de Dios, está oculta para vosotros; el sentido poético del monumento se os escapa, porque el mundo sobrenatural que lo habita es nulo para vosotros. Al católico está reservada la inteligencia de estas cosas; solo él tiene ojos para verlas y un corazon para sentirlas. Si pues San Pedro de Roma es el reflejo del cielo por sus magnificencias, es su imágen por los santos que lo habitan. Todos los órdenes de bienaventurados están allí representados. Aquel mismo que está sobre todas las gerarquías, se hace adorar allí en los trofeos de su victoria. Al veros rodeado por aquella nube de testigos, os acomete un temor religioso; y no sin experimentar, á ejemplo de millones de peregrinos, sentimientos desconocidos, recorrimos aquel paríso de la tierra. No hay en él un habitante de la Jerusalem celes-

tial cuya presencia no os traiga á la memoria por algun vivo recuerdo.

**JESUCRISTO, REY DEL CIELO:** Hé aquí una parte notable de su cruz, el fiaró de la lanza que le atravesó el costado, el lienzo en el cual se grabó su adorable rostro <sup>1</sup>.

**MARÍA**, la reina del cielo; hé aquí una parte del velo sagrado que usó.

**SAN JUAN BAUTISTA**, el más grande de los hijos de los hombres; **SANTA ANA, SAN JOSÉ**; hé aquí una parte de sus cenizas ó de sus vestidos.

**LOS APÓSTOLES Y LOS EVANGELISTAS:** Hé aquí los cuerpos gloriosos de San Pedro, de San Simon, de San Júdas; las reliquias de San Andrés, de Santiago el Mayor, de San Bartolomé y de San Lúcas.

**LOS PONTÍFICES:** Hé aquí los cuerpos de treinta y cinco papas, santos ó mártires: Lino, Cleto, Anacleto, Evaristo, Sixto I, Telésforo, Higinio, Pio I, Eleuterio, Víctor, Fábio, Juan I, Juan II, Leon I, Gelasio II, Símaco, Hormisdas, Agapito, Gregorio I, Bonifacio IV, Diosdado, Eugenio I, Vitaliano, Agathon, Leon II, Sérgio I, Gregorio II, Gregorio III, Zacarías, Paulo I, Leon III, Leon IV, Nicolás I, Leon IX, Félix IV.

**LOS OBISPOS Y LOS DOCTORES:** Hé aquí los cuerpos ó las reliquias de los santos Crisóstomo, Basilio, Gregorio Nazianceno, Policarpo, Lamberto, Martin, Hilario, Gregorio Taumaturgo, Carlos Borromeo, Gerónimo, Tomás de Aquino.

**LOS SACERDOTES, LOS DIACONOS Y LOS RELIGIOSOS:** Hé aquí á Santo Tomás de Villanueva, á San Francisco de Asis, á San Antonio de Pádua, á San Pedro Alcántra, á San Bernardino de Sena, á San Felipe Neri, á San Estéban, á San Lorenzo, á San Vicente, á San Pablo ermitaño, á San Antonio Abad

<sup>1</sup> Véase la nota al fin del tomo.

**LOS MÁRTIRES** de todas edades, sexos y condiciones: Hé aquí fuera de los que acabamos de nombrar, á San Proceso y á San Martiniano, carceleros de San Pedro; á San Anastasio, San Teodoro, San Niceo, San Aquileo, los cuarenta mártires, San Gregorio, San Tiburcio, Santa Petronila, Santa Bibiana, Santa Teodora, Santa Agata, Santa Columba, Santa Susana, Santa Balbina, Santa Rufina, Santa Catalina, Santa Prudencia, Santa Margarita y otros muchos que resultaron de la gran tribulacion, despues de haber lavado sus vestidos en la sangre del Cordero.

Tales son los habitantes de San Pedro de Roma; tales son los testigos que os miran, los hermanos que os reciben, los amigos que os consuelan, los modelos que os enseñan su palmas y sus coronas. ¿Conoceis alguna asamblea más augusta, un lugar más santo, una imágen más perfecta del cielo sobre la tierra? Una vez más, ¡desgraciado del viajero que tiene ojos y no ve estas cosas, que tiene espíritu y no las comprende, y un corazon y no las siente!

Por lo que hace á nosotros, absortos por la vista de las bellezas exteriores é interiores del templo del mundo, habiamos olvidado ya el objeto secundario de nuestra visita. En fin; una mirada dirigida á la izquierda de la Confesion de San Pedro, nos recordó al excelente penitenciario de Francia. Numerosos confesonarios colocados en aquella parte de la iglesia y que tienen esta inscripcion: *Lingua hispanica, Lingua anglicana, Lingua græca*, anuncian la presencia de los penitenciaros. Las palabras *Lingua gallica*, escritas en el piso de un amplio confesonario, nos indicaron la morada del P. V. . . . En la mitad de la puerta de este confesonario se levanta una varilla de cosa de 6 pies

de longitud, que dió mucho que pensar á mis jóvenes amigos.

¿Qué es, en efecto, un penitenciario? ¿Por qué está *armado* de una larga varilla? ¿por qué pega con ella en la cabeza de los transeuntes que se lo piden? Hé aquí las cuestiones y costumbres que la mayor parte no se toman el trabajo de profundizar; muy pronto hablaré de la *Penitenciaria*; bastará saber por ahora, que en San Pedro se encuentran sacerdotes de diferentes naciones católicas, para oír en confesion á los peregrinos. Investidos con poderes especiales, ejercen bajo la jurisdiccion del gran penitenciario un ministerio doblemente útil. Absolver á los penitentes, socorrerles, dirigirles, y especialmente á sus compatriotas durante su permanencia en Roma; tales son las ocupaciones de su vida. Como hay seguridad de encontrarles en San Pedro, su confesonario es en cierto modo su domicilio; en el dan sus audiencias, reciben las cartas de recomendacion, toman nota de vuestras peticiones, solicitan para vosotros audiencias con el Santo Padre, ó billetes de entrada á las ceremonias del Vaticano. El buen P. V. . . . cumple en particular estos oficios con un empeño tal, que ha sido llamado justamente la *Providencia de los franceses*.

«Padre mio, le dijo Enrique, ¿qué significa esa larga varilla que teneis delante, y ese golpe que dais con ella en la cabeza de los que os la piden? Es el signo de la libertad espiritual, y este acto de humildad tiene cuarenta dias de indulgencia, cuando se ejecuta con las disposiciones convenientes.» ¿Qué pensar ahora de los turistas que cuentan llanamente, que en Roma se perdonan los pecados con un varazo? ¿y qué de tantos viajeros, que aunque no vituperan esta costumbre, se avergüenzan de admirarla en voz alta y se desdennan en voz baja de conformarse con ella?